

Leonardo que emerge del libro de Lester es el de un impetuoso luchador intelectual que trabajaba sin cesar para demostrar su valía, que se enseñó a sí mismo latín para poder estudiar a los pensadores de la antigüedad y posteriormente demostrar su comprensión absoluta de sus ideas mediante dibujos como *El hombre de Vitruvio*.

Leonardo no se limitó a absorber las opiniones canónicas; la mayoría de las veces, rebasó sus limitaciones. En sus famosos cuadernos, el registro privado de

guió siendo esencial para su manera de pensar: el hombre microcósmico. Este concepto, cuya multitud de formas y permutaciones Lester sigue a lo largo de toda la historia occidental, tiene un historial bastante desigual. En las manos del físico Paracelsus, quien creía que las personas y el universo estaban compuestos en su totalidad de mercurio, azufre y sal, los resultados eran impredecibles. Pero como escribió el historiador J. H. Randall, "los efectos de la versión de Leonardo de esta relación ínti-

Situado en el contexto del viaje de descubrimiento que fue la vida de Leonardo, su ilustración sobre *El hombre de Vitruvio* presenta una 'imagen sinóptica' del propio Renacimiento

sus investigaciones, empleaba a menudo las fuentes clásicas como punto de partida, pero como señala Lester, "cuando llega a los detalles, cuestiona la autoridad de los pensadores de la antigüedad y convierte la experiencia en su guía". En ese contexto, *El hombre de Vitruvio* se discierne como uno de los primeros puntos en la curva de aprendizaje de Leonardo, al mostrar al anatomista principiante subordinando sus observaciones de primera mano del cuerpo humano a un conjunto privilegiado de proporciones. Con el tiempo, una vez que se sintió seguro de sus conocimientos, empezó a preocuparse más por registrar con exactitud lo que veía y por seguir sus percepciones hasta sus conclusiones lógicas, como puede observarse en sus posteriores estudios anatómicos, algunos de los más extraordinarios jamás hechos.

Aunque *El hombre de Vitruvio* apenas resume la visión madura que Leonardo tenía del mundo, la idea grabada en el dibujo si-

ma entre el hombre y la naturaleza no eran perturbadores desde un punto de vista científico". Leonardo creía que la fluida mecánica que observó en el torrente sanguíneo era aplicable a la corriente de los ríos y que la estructura de las articulaciones, los músculos y las extremidades humanas proporcionaban un patrón para la compleja maquinaria creada por el hombre, un pensamiento microcósmico que podía verificarse empíricamente, de manera científica.

Situado en el contexto del viaje de descubrimiento que fue la vida de Leonardo, *El hombre de Vitruvio* presenta en última instancia una "imagen sinóptica" del propio Renacimiento. Como señala Lester, capta "el embriagante y efímero momento en el que el arte, la ciencia y la filosofía parecieron unirse, y cuando parecía posible que, con su ayuda, la mente humana individual podría verdaderamente ser capaz de comprender y representar la naturaleza de todas las cosas". **JONATHAN LÓPEZ**

La ciudad

FRAN MASEREEL
Nordica, 2012
112 páginas, 9 euros

En los últimos tiempos, Frans Masereel (1889, Blankenberghe, Bélgica-1972, Avignon, Francia), ha ido saliendo afortunadamente del olvido, debido a una suma de circunstancias: de un lado, y como consecuencia de esta nueva y profunda crisis del capitalismo, muchos ilustradores han vuelto su mirada a quien fuera modelo de artista comprometido contra este sistema económico; y, de otro, los adalides de ese concepto discutible llamado *novela gráfica* han introducido algunos de sus libros en la genealogía de ese concepto que tratan, con más empeño que fundamento, de poner en pie.

La obra maestra de Masereel es, sin duda, *La ciudad*, editada en 1925, suma de xilografías que reflejan aquel ámbito de la modernidad llamado a hacer libres a los seres humanos: la urbe, protagonista en todas sus facetas de un libro que aspira a no ocultar tampoco las aristas más oscuras, y que posee, sin el apoyo de texto alguno, un mucho de concierto iconográfico, a la manera en que, por ejemplo, lo hicieron los documentales de las vanguardias, desde muchos de los reportajes del *Cine Semana* soviético, en 1918 y 1919, a la producción de *Estados Unidos y Alemania Berlín, sinfonía de una ciudad*, en 1927, del ar-



quitecto y pintor Walter Ruttmann. O, en literatura, Alfred Döblin. Hoy son sus novelas de imágenes, unas más políticas y otras más simbólicas, como *25 imágenes de la pasión de un hombre*, *Mi libro de horas*, *El Sol*, o *Idea, su nacimiento, su vida, su muerte*, realizadas entre 1918 y 1928, las que despiertan

más el interés de una crítica que trata de hallar en ellas lo que de concomitancia puedan tener con el universo de la novela gráfica. Ciertamente hay en muchas de ellas coincidencias con la gramática del cómic, pero es más honda su deuda con aquel cine mudo del que fueron contemporáneas.

Sea como fuere, poco debe importarnos que Masereel vuelva hasta nosotros merced al empeño de Eisner, Spiegelman o Seth, por ver en él un antecesor de sus prácticas historietísticas. Lo cierto es que *La ciudad* está aquí para gozo de nuestra mirada ante el quehacer de este hombre que se implicó contra el fascismo no sólo con su obra sino en congresos y en iniciativas como la Biblioteca Alemana de la Libertad cuando los nazis empezaron a quemar las obras que consideraban representativas de la degeneración. **FELIPE HERNÁNDEZ CAVA**